

Editorial

Perversiones y alternativas de la emigración

El tema de la emigración seguirá siendo crucial para el país y la región, mientras millones de centroamericanos permanezcan fuera de ella y miles más abandonen sus lugares de origen, tal como está sucediendo, en la actualidad. Por eso, *ECA*, en esta edición, vuelve sobre esta cuestión con una serie de seis artículos que, desde ángulos diversos, enfocan la complejidad del fenómeno migratorio. Con ello pretende ilustrar con más detalle este complejo fenómeno social para evitar simplificaciones y sentar bases de cómo enfrentarlo, en beneficio de la población centroamericana.

El primero de estos artículos ("Los centroamericanos en Estados Unidos: tendencias y patrones recientes" de Manuel Ángel Castillo y Rodolfo Corona Vázquez) examina, desde una perspectiva crítica, las estadísticas del censo estadounidense y señala cómo sus responsables son ahora más conscientes de la complejidad del fenómeno migratorio. En consecuencia, han afinado sus metodologías para reflejarlo con mayor exactitud. El segundo ("Las migraciones salvadoreñas y la sombra del tratado de libre comercio con Estados Unidos" de Mario Lungo) llama la atención sobre la presencia marginal de esta problemática, en los tratados y acuerdos internacionales, no obstante su influencia en la sociedad. El tercero ("Una esquina problemática: el medio ambiente destruido y reconstruido de un barrio centroamericano, después de los disturbios Rodney King en Los Ángeles" de Elana Zilberg) muestra, a propósito de un proyecto de reconstrucción de la ciudad de Los Ángeles, la marginación sufrida por la comunidad salvadoreña, residente en esa ciudad, y su lucha por encontrar un lugar en ella.

Luego vienen dos artículos ("Los retos de las organizaciones de emigrantes mexicanos en Estados Unidos: el caso de las federaciones de clubes zacatecanos" de Rodolfo García Zamora y "Migración e imperialismo: reflexiones en torno al

proceso de integración México-Estados Unidos” de Raúl Delgado Wise) que, desde la experiencia mexicana, hacen dos valiosos aportes sobre el potencial de las redes de asociaciones de los emigrantes mexicanos, en Estados Unidos, y de su potencial para influir en los diversos niveles de la política de su país, y sobre la dinámica asimétrica y subordinada del crecimiento exportador y la migración internacional de México. De ambos aportes se puede aprender mucho, porque los emigrantes salvadoreños tienden a organizarse en redes cada vez más amplias, las cuales podrían llegar a adquirir un potencial similar. En este sentido, la experiencia mexicana contiene valiosas lecciones. Asimismo, esa experiencia es una advertencia para moderar el entusiasmo salvadoreño hacia la exportación de mano de obra, porque la contrapartida es limitar las posibilidades del desarrollo nacional. El autor indica, sin embargo, las alternativas que esas comunidades de emigrantes mexicanos representan.

Finalmente, se incluye el análisis de la coyuntura económica del primer semestre de este año, tal como lo viene haciendo desde hace ya tiempo, el Departamento de Economía de la UCA. En esta ocasión, sin embargo, el análisis enfatiza el impacto de la migración salvadoreña en la economía nacional.

Las siguientes páginas están, pues, inspiradas por estos valiosos aportes y tratan de destacar su relevancia para la región centroamericana y, en concreto, para El Salvador. Este Editorial es una relectura, desde esa doble perspectiva, nacional y regional.

1. Dimensiones perversas de la emigración

El fenómeno de la emigración centroamericana al norte y en particular a Estados Unidos, lejos de disminuir, muestra la tendencia contraria, según las estadísticas oficiales. En efecto, el censo estadounidense muestra un crecimiento significativo de la población centroamericana, en las tres últimas décadas —aun con las imprecisiones no superadas por el instrumento, los indocumentados y los ilegales. Los centroamericanos equivalen a la cuarta parte de la población emigrante de origen mexicano, el grupo más importante, residente en Estados Unidos. La elevada presencia centroamericana es patente también en el proceso de regularización y naturalización de los residentes. La cantidad de deportados es otra fuente, pero debe ser tomada con cautela, porque sólo registra a quienes fracasaron en su proyecto de emigrar. Según fuentes especializadas, para cada salvadoreño que no logra pasar otros dos o tres atraviesan las fronteras sin ser detenidos. Esto significa que cada día, unos 300 salvadoreños abandonan su lugar de origen. Ahora bien, de acuerdo a los cálculos del censo estadounidense, esa cantidad se elevaría a unos 400 emigrantes salvadoreños diarios. Guatemala, por otro lado, recibe unos seis mil deportados mensuales, los cuales pueden ser multiplicados por dos o por tres para tener una idea gruesa de cuántos logran llegar a su destino en el norte.

* Así, pues, el flujo continúa diez años después de haber concluido los conflictos regionales. Los centroamericanos huyeron de esos conflictos, pero también huyeron y aún huyen de la pobreza, en grandes cantidades. No cabe duda que

ésta es la fuerza más poderosa que los empuja a romper sus lazos familiares y sociales y a abandonar su localidad. Los acuerdos de paz y las subsecuentes transiciones no modificaron las tendencias migratorias —ni siquiera las tomaron en cuenta—, puesto que tampoco transformaron las causas estructurales de la pobreza. El modelo neoliberal, implantado por los gobiernos, en lugar de disminuir la pobreza, aumentó la desigualdad y con ella reforzó la motivación para abandonar la región. Sin embargo, la motivación económica no da cuenta de la totalidad del fenómeno, en el cual intervienen variables sociales y psicológicas y donde se mezclan elementos de atracción y rechazo. No son pocos los que abandonan su lugar de origen porque tienen un familiar allá, en Estados Unidos, o porque su comunidad de acá carece de los servicios básicos. La decisión, por lo general, no es repentina, sino que el emigrante sopesa durante algún tiempo los riesgos y los beneficios.

Al desplazarse, la población emigrante ha seguido un patrón bastante claro. Los primeros centroamericanos que se establecieron en Estados Unidos, en las décadas de los sesenta y los setenta, han servido de puente para las oleadas de emigrantes que los han seguido. Así se explica que los salvadoreños de una misma localidad, por ejemplo, se concentren en un área determinada del territorio estadounidense. Son parientes, amigos o simples conocidos. El reto de enfrentar un ambiente extraño y no pocas veces hostil, los impulsa a crear unos vínculos de solidaridad impensables en su lugar de origen. De ellos surgen la organización interna y las interrelaciones personales y familiares allá y acá (ver Editorial, *ECA* 648, 2002, 857 ss.), las cuales son reforzadas por un sinnúmero de emigrantes que van y vienen con toda clase de bienes e información. Ahora bien, el crecimiento de los centroamericanos no es homogéneo, el volumen del flujo de cada país varía, según sus propias circunstancias. La organización de los emigrantes y las redes que se han derivado de ella han sido determinantes para el éxito económico y social de sus integrantes. Este último depende más de las redes construidas por las organizaciones de emigrantes que de la asimilación de éstos a la sociedad estadounidense, la cual, a veces, es un simple instrumento. En otros tiempos, el éxito del emigrante dependía de su capacidad para adaptarse y asimilarse a la nueva sociedad.

La persistencia del flujo de emigrantes centroamericanos es una evidencia de lo lejos que quedaron las promesas de prosperidad y bienestar, hechas hace ya más de una década por los gobiernos neoliberales. El fenómeno de la emigración y el flujo de remesas que éste genera es un cuestionamiento directo a los promotores del neoliberalismo. El fracaso del modelo es tal que incluso él mismo, para sobrevivir, necesita de los dólares remitidos por los emigrantes, al menos en el caso salvadoreño, porque no exporta, no recibe suficiente inversión extranjera y las fuentes de endeudamiento se agotan. Es aquí donde surge la dimensión perversa del fenómeno.

Los emigrantes proporcionan a Estados Unidos una mano de obra eficiente y barata, que se ocupa de las tareas que los estadounidenses se niegan a desem-

peñar, al mismo tiempo que reduce sus costos de producción, una ventaja nada despreciable, en el contexto de la competitividad. Pero eso no es todo. La contribución de los emigrantes centroamericanos a la economía estadounidense es mayor que la que hacen a la centroamericana, e incluso a la salvadoreña. Desde una perspectiva fiscal, los emigrantes aportan más a Estados Unidos que los servicios y las prestaciones públicas que reciben. Según cálculos disponibles, en 1997, los emigrantes aportaron 80 mil millones de dólares más de lo que recibieron, en beneficio del gobierno estadounidense, en cualquiera de sus niveles—local, estatal y federal. Esto pese a que los emigrantes han contribuido a reducir el nivel de salarios de la economía estadounidense, al menos en los últimos veinticinco años, con lo cual han hecho más competitiva su producción.

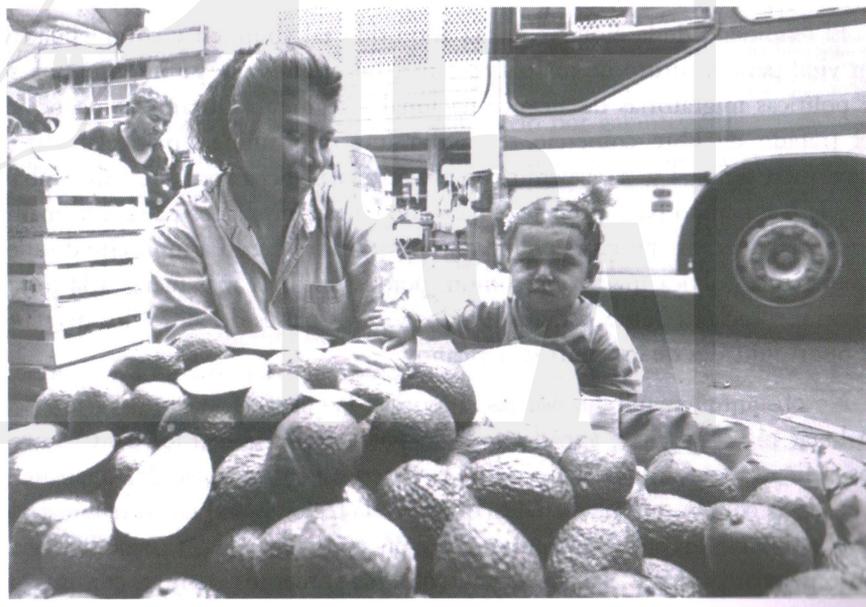
En los países centroamericanos, en cambio, la emigración es una válvula de escape para los más audaces y, o para los más desesperados, puesto que no es fácil tomar la decisión de romper con la familia, ni con el medio social, en el que se ha crecido. Sin embargo, el emigrante no desea perder el contacto con la familia, ni con la comunidad de acá, pues sabe que él puede representar para ellas una oportunidad única para ofrecerles alternativas que les ayuden a sobrevivir, en medio de las dificultades de las cuales él mismo huye; asimismo, sabe que ellas son una especie de seguro, en caso de no encontrar las oportunidades que busca allá. Además, cuando el ambiente de allá se vuelve hostil, tiende a estrechar sus vínculos con la comunidad de acá como una estrategia de supervivencia, que le ayuda a sobrellevar las distintas formas de discriminación y aislamiento social, a las cuales es sometido. La emigración también es una válvula de seguridad para los gobiernos de derecha, pues disminuye el peligro de una explosión social, causada por la desigualdad. Aunque éstos no debieran olvidar que también implica una pérdida de recursos valiosos para las economías nacionales, en tanto que es exportación de riqueza, cuyo beneficiario—Estados Unidos o el norte, en general—no carga con los costos de su reproducción y capacitación.

A cambio de esta transferencia o pérdida de riqueza, según se vea, los emigrantes introducen dólares en las economías nacionales, los cuales se han vuelto indispensables para mantenerlas a flote, dada su propia incapacidad para crear riqueza y generar empleo. En los últimos años de la década de los noventa, estas remesas son aún más importantes para algunas economías centroamericanas, ciertamente, para la salvadoreña, por la cada vez más escasa inversión directa y reducida capacidad de endeudamiento, dos fuentes de financiamiento vitales para cualquier país de la región. En un intento por alimentar esas fuentes secas, la gran empresa privada salvadoreña se ha puesto en contacto con las asociaciones de emigrantes salvadoreños para que, con su experiencia y acceso al mercado estadounidense, la ayuden a encontrar inversionistas y a aumentar sus exportaciones. Asimismo, intenta convencerlos para que trasladen sus ahorros al país o, una vez jubilados, se retiren en él, para lo cual han abierto canales que les

faciliten entrar en el sistema financiero. Pero, como es comprensible, sólo están interesados en los “emigrantes exitosos”, es decir, en aquellos que tienen capital y ahorros.

Además de financiar la maltrecha economía familiar salvadoreña, las remesas contribuyen a financiar los gastos sociales y de infraestructura los cuales, por su naturaleza, corresponden al Estado. El valor de estas contribuciones se refleja en la modesta disminución del índice de pobreza y de desarrollo humano de algunos países centroamericanos, por ejemplo, El Salvador. Aunque gobiernos como el de este último país atribuye a sus propios esfuerzos esos logros, con lo cual niegan el importante aporte de los emigrantes. Asimismo, ni los gobiernos, ni las sociedades centroamericanas están preparadas para reconocer las transformaciones que están ocurriendo en los ámbitos familiar, social y cultural. Por eso, de momento, esos cambios son invisibles para la sociedad en su conjunto, pero no para las familias de los emigrantes.

La perversión no termina aquí, sino que se extiende a una de las actividades económicas más apreciadas por los gobiernos centroamericanos, por su potencial para crear empleo y exportar —un potencial que, bien visto, es relativo. La maquila, textil o de otro tipo, es otra contribución importante a la economía estadounidense, la cual se beneficia así del trabajo centroamericano no reconocido, en términos de salario. Por el otro lado, dado que los gobiernos centroamericanos han optado por competir con salarios bajos y pocas exigencias laborales, en lugar de hacerlo con educación y tecnología, esa inversión y la subsiguiente exportación de bienes maquilados tienen un impacto limitado en las economías regionales. La entrada de China en la Organización Mundial del Comercio y, por lo tanto, en el libre comercio, se cierne como una seria amena-



za, tanto que los centroamericanos, también creyentes firmes en el libre comercio, reclaman cuotas y controles. Si la amenaza se concreta, las remesas adquirirán aún más valor.

Los gobiernos centroamericanos, en particular, el salvadoreño, se han creado grandes expectativas con el tratado de libre comercio. Pero, de nuevo, sus términos no son simétricos, es decir, con él, la región pierde y Estados Unidos gana. Las expectativas de los gobiernos y sus elites empresariales son falsas, pues las economías producen poco y, en consecuencia, no disponen de muchos bienes para exportar. Si el tratado se firma en los términos negociados, sus beneficios se concentrarán en los mismos sectores que ya sacan bastante provecho del modelo neoliberal, a los cuales tal vez se puedan incorporar algunos empresarios medianos. Lo más probable es que ese tratado profundice las desigualdades económicas y sociales ya existentes, en cada país y entre los países centroamericanos. En la medida en que este pronóstico se cumpla, la tendencia a emigrar será aún más irresistible, pese a las crecientes restricciones que los gobiernos imponen. En consecuencia, las remesas aumentarán, así como también las necesidades de quienes permanezcan acá.

De todos modos, el impacto de estas dinámicas en la región, en los países e incluso en los diversos territorios que los conforman, dependerá de las políticas públicas. Estas debieran prever los posibles impactos del tratado, en los sectores y territorios más vulnerables, y en los emigrantes y sus familias, tanto acá como allá. Es llamativo, sin embargo, que los debates surgidos alrededor del tratado de libre comercio, tanto los promovidos por los que están a favor como por los que están en contra, no consideren su impacto en la migración. En este sentido, la experiencia de México es muy aleccionadora.

2. Necesidad de políticas públicas

El fenómeno de la emigración ha adquirido tal volumen y complejidad y es tan vital para el futuro de los países centroamericanos que se impone una serie de políticas migratorias de alcance nacional y regional. Durante la negociación del tratado de libre comercio se perdió una oportunidad para elaborar una plataforma regional y, de acuerdo con ella, articular dichas políticas. Sin embargo, todavía hay tiempo para retomar esta cuestión a este nivel. Los países centroamericanos y en concreto sus elites políticas y empresariales deben asumir este desafío de elaborar una política migratoria común, porque les daría más fuerza a la hora de negociar o reclamar ante Estados Unidos y otros países del norte los derechos y las oportunidades de los centroamericanos.

No obstante hay mucho por hacer, porque la cuestión de la migración ocupa un lugar marginal en la agenda de la mayoría de los gobiernos centroamericanos. Mientras no amplíen su visión, es prácticamente imposible construir una plataforma común. El único crédito que tiene la región como tal en esta materia es haber elaborado un proyecto común para reducir el costo de las remesas, todavía sin consecuencias prácticas. Por lo demás, sólo dos gobiernos cuentan con una polí-

tica de migración definida, aunque de signo contrario: Costa Rica y El Salvador. En efecto, Costa Rica es un país que atrae a emigrantes nicaragüenses, pero su gobierno y su sociedad los consideran un problema, que debe ser erradicado de forma drástica. Los nicaragüenses no sólo no son bien recibidos en Costa Rica, sino que son víctimas constante de toda clase de discriminación.

El Salvador, en cambio, es un país que predominantemente expulsa población hacia el norte, que tiene, además una política migratoria definida e integral. Aunque no lo declara de manera abierta, el objetivo primordial de esa política es garantizar el flujo continuo de población y remesas. En la práctica, es la mejor solución que ha encontrado hasta ahora a sus desafíos económicos y sociales, lo cual enfatiza, desde la perspectiva institucional, el carácter perverso del fenómeno, en su conjunto. Desde 1999, la política migratoria salvadoreña integra la dimensión económica —las máximas garantías laborales allá y el uso de las remesas acá—, la dimensión política —garantizar los derechos de los emigrantes allá e introducirlos en la política nacional y su polarización—, la dimensión cultural —cultivar la identidad nacional de acá, pero allá. La ejecución de esta política está a cargo de una comisión presidencial y del Ministerio de Relaciones Exteriores, una de cuyas tareas principales es atender las necesidades de los emigrantes; por otro lado, el poder ejecutivo desarrolla un intenso programa de acercamiento y colaboración con las comunidades de allá y sus organizaciones y mantiene una estrategia comunicacional de alta calidad, que revaloriza la permanencia de los salvadoreños en el exterior. Asimismo, ha hecho, aunque sin mucho éxito, diversas gestiones ante los gobiernos guatemalteco y mexicano, territorios de tránsito de los emigrantes, con el propósito de protegerlos.

Los resultados de esta política salvadoreña no son del todo satisfactorios —la verdad es que, en buena parte, escapan a su voluntad. Las condiciones laborales en el norte no dependen del gobierno salvadoreño; aparte que el emigrante, por su misma condición y peor aún si es indocumentado, está a merced de toda clase de abusos y discriminaciones por parte de empleadores y funcionarios. Sin embargo, el gobierno salvadoreño no muestra el mismo celo por garantizar las condiciones laborales en la maquila textil de aquí. Tampoco ha podido encontrar una forma para utilizar las remesas en actividades productivas; la mayoría de ellas están destinadas al consumo familiar y a financiar proyectos colectivos de carácter asistencia y de infraestructura local. Es cierto que ha procurado canalizar una parte de ellas hacia el Fondo de Inversión Social y Desarrollo Local para financiar obras de infraestructura básica. Quizás donde más avances ha conseguido el gobierno salvadoreño es en garantizar a los emigrantes cierta estabilidad, pero, aun así, el estatuto legal de la mayoría sigue siendo precario y no pocas veces se encuentran en ambientes hostiles e incluso vejatorios para su dignidad humana. Asimismo, ya ha conseguido alinear a algunas de las asociaciones y grupos de emigrantes con ARENA; el FMLN también se esfuerza por construir bases de apoyo allá. Pero tal vez sea en el campo de la identidad nacional salvadoreña

donde más éxito ha obtenido, un logro fundamental para mantener el vínculo con el lugar de origen y con el destino de las remesas.

En el mediano plazo, el gobierno salvadoreño se verá obligado a ampliar su política migratoria, porque, en estos momentos, ya no sólo expulsa población, sino que también es país receptor de emigrantes. La presencia de nicaragüenses y hondureños en el oriente del país, despoblado por la emigración de los habitantes originales, es cada vez más notoria. Esta es una zona donde escasea la mano de obra, sobre todo en el campo de la construcción. Así, pues, el vacío es llenado por población desempleada de los dos países vecinos.

La política migratoria centroamericana debiera ser parte fundamental de la reestructuración institucional y legal de la región. Una política migratoria aislada es poco eficaz y genera tensiones entre los gobiernos. Prueba de ello son las tensiones entre los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica y la de los del sur con Guatemala y México, que dificultan el tránsito y no muestran interés en garantizar la seguridad mínima de quienes emigran. Por eso, una política regional bien pensada podría solventar estas tensiones innecesarias o al menos reducirlas. El éxito de una política de esta envergadura está también condicionado a la colaboración de las asociaciones y comunidades centroamericanas de allá, las cuales han tejido una tupida y compleja red de relaciones familiares y sociales, que se expresa de formas diversas.

Si el tratado [de libre comercio] se firma en los términos negociados, sus beneficios se concentrarán en los mismos sectores que ya sacan bastante provecho del modelo neoliberal, a los cuales tal vez se puedan incorporar algunos empresarios medianos. Lo más probable es que ese tratado profundice las desigualdades económicas y sociales ya existentes en cada país y entre los países centroamericanos.

Una de las expresiones más comunes son las asociaciones de toda clase, las cuales exhiben con orgullo su origen local y nacional. Las comunidades mexicanas han dado un paso más y se han integrado en federaciones, lo cual les proporciona una fuerza social y política inédita para influir en la política pública estadounidense y también en la mexicana. Los estudios y la experiencia han comprobado que la fuerza que las cohesiona es compartir el mismo origen local. Sin embargo, las redes salvadoreñas todavía no han dado el paso decisivo para integrarse en unidades mayores, tal vez la polarización política de acá, trasladada allá por los políticos, la prensa y algunos dirigentes religiosos y sociales sea el mayor obstáculo para ello. Las federaciones mexicanas, en cambio, muestran la fuerza social y política que podrían adquirir las salvadoreñas y también las de otras nacionalidades regionales para velar mejor por sus intereses y derechos, tanto allá como

acá. En un editorial anterior, citado arriba, ya se adelantaba que las comunidades de emigrantes salvadoreños tenían potencial para influir en las decisiones políticas locales y nacionales, al mismo tiempo que también podrían contribuir a reducir el elevado nivel de polarización política actual.

Otra expresión de estas redes es su dinamismo. A través de ellas circulan empresarios de todo tamaño, quienes han invertido sus ahorros en diversas actividades, lo cual les exige frecuentes viajes de allá para acá y contactos intensos, tanto acá como allá. El ejemplo típico es el salvadoreño o la salvadoreña que viaja con regularidad para llevar y traer correspondencia, alimentos, medicamentos y toda clase de bienes con demanda allá y acá. Estas actividades son permanentes, es decir, no desaparecen cuando el emigrante y su familia se han integrado a la sociedad de allá. Obviamente, estos empresarios forman parte del grupo del emigrante exitoso, en el cual los grandes empresarios de acá han puesto sus ojos.

El éxito de una política migratoria centroamericana depende, en gran medida, de si sus objetivos coinciden con los intereses de las comunidades, sus organizaciones y sus redes. De esta manera, estas últimas se verían potenciadas de tal manera que podrían abrir espacios e interpelar a las instituciones gubernamentales estadounidenses —y también a las centroamericanas y nacionales—, cultivar y consolidar el sentido de pertenencia con sus lugares de origen y fortalecer los vínculos de identidad cultural de allá y acá. Las remesas colectivas podrían dar un salto de calidad al pasar de la simple financiación de proyectos asistenciales, de naturaleza puntual, a financiar proyectos productivos y de desarrollo local e incluso regional. Hasta ahora, la mayoría de las asociaciones de emigrantes privilegia el financiamiento disperso destinado a la asistencia social y la infraestructura de acá. Cabe destacar, sin embargo, la existencia de algunas experiencias de financiamiento exitoso de proyectos productivos. Así, por ejemplo, existe una red, integrada por diez organizaciones salvadoreñas no gubernamentales, con experiencia en financiar microempresas. En 2002, esta red contaba con unos 15 mil clientes y aspiraba a establecer alianzas con las comunidades de emigrantes, con organizaciones no gubernamentales y gubernamentales y con la cooperación internacional para disminuir el costo de las remesas, invertir las en proyectos productivos y obtener utilidades. El proyecto no olvida que para ello es indispensable contar con la participación de las comunidades de acá, las cuales tendrían que entrar en una fase superior de organización interna. Pero esto podría ser relativamente factible si el gobierno también se integrase al proyecto y si la red aportase su experiencia, sus destrezas y sus habilidades.

Ahora bien, pasar del financiamiento de proyectos asistenciales a proyectos productivos y de desarrollo local no es tan sencillo, dadas las circunstancias predominantes acá —el precario equilibrio macroeconómico, la preponderancia de la economía especulativa sobre la productiva, las crisis nacionales y regionales, el desmantelamiento de las instituciones estatales para promover el desarro-

llo, el impacto de la apertura al exterior y el tratado de libre comercio con Estados Unidos. Otros factores que hay que considerar son la falta de iniciativa y creatividad de acá para proponer proyectos atractivos para ambas partes y la enorme desconfianza —a veces justificada— hacia las autoridades locales y las instituciones de acá como para confiarles sus remesas, lo cual tiene efectos retardatarios.

Este es otro punto en el cual la experiencia mexicana debiera ser tomada muy en serio. La debilidad económica y organizativa de las comunidades de acá es una realidad que no puede obviarse. Tampoco debe pasarse por alto que las comunidades de allá no están integradas por profesionales de la gestión de proyectos, ni del desarrollo; la mayoría de ellos, se dedica a estas actividades en su tiempo libre. Estas dificultades no debieran ser fuente de desánimo para abandonar el cambio, por imposible, porque en una localidad pobre, que forma parte de una economía nacional estancada y donde el desempleo es creciente, los proyectos productivos y de desarrollo local adquieren una importancia invaluable para comunidades y municipios. Sin embargo, la función de estos proyectos es subsidiaria, porque no pueden asumir de forma unilateral una responsabilidad que, en sentido estricto, es estatal; tampoco son el instrumento idóneo para garantizar el desarrollo local y regional. Ahora bien, ante el vacío dejado por un gobierno central indiferente, un gobierno local débil y por una empresa privada poco relevante, esta alternativa es una respuesta viable, aunque siempre limitada.

Este paso consolidaría y otorgaría una nueva dimensión a un actor social aún no reconocido suficientemente, en Centroamérica. El emigrante que forma parte de una de tantas redes sociales, construidas y alimentadas por él mismo, y dedicada al financiamiento de la asistencia social y la infraestructura. Este emigrante se ha constituido en un actor no esperado, pero que posee una visión más amplia de la interacción internacional y de sus posibilidades, sin por ello perder un fuerte sentido de pertenencia, allá y acá, lo cual le permite actuar en el ámbito internacional con bastante eficacia. Este emigrante es real y posee potencial para crecer y asumir un papel importante en la actividad productiva y en el desarrollo local y regional, así como también en la organización de las comunidades de allá y de acá. Ahora bien, dar este paso supone haber adquirido un determinado nivel de desarrollo institucional y organizativo, y una mayor capacidad para la asociación y los lazos de colaboración.

Una política migratoria respaldada por asociaciones y federaciones de emigrantes podría ejercer una presión importante para regularizar la permanencia de éstos allá y garantizar sus derechos allá y acá; tendría fuerza para combatir la exclusión social y política y la marginación económica, así como también para constituirse como una minoría étnica reconocida y respetada allá —tal como se puede observar en el artículo de Elana Zilberg. Si los emigrantes centroamericanos pudieran ejercer sus derechos ciudadanos allá, su identidad nacional y regional saldría fortalecida y ofrecería una alternativa viable a la tendencia neoliberal a la dispersión.

3. Alternativas abiertas por la emigración

El fenómeno de la emigración muestra, pese al discurso neoliberal, que la dinámica del crecimiento y de cualquier posible recuperación económica se encuentra fuera de los países centroamericanos. Por lo tanto, ni sus gobiernos, ni sus empresarios tienen control sobre ella. Así lo ha reconocido la gran empresa privada y el mismo gobierno salvadoreño, en el seno de las asociaciones de emigrantes. Por eso, los empresarios buscan el capital de los emigrantes exitosos y el gobierno invita a las asociaciones de emigrantes a aumentar su capacidad de ahorro para invertir más en los proyectos colectivos de carácter asistencial e infraestructural acá.

No hay que olvidar, sin embargo, que la intensa actividad económica o empresarial de las comunidades de allá y de sus asociaciones fue una reacción a las políticas del mismo gobierno que ahora les pide ayuda y también a las condiciones que los mismos grandes empresarios les impusieron aquí, pero que, ahora, también están interesados en aliarse con los más exitosos. Primero los sumieron o los mantuvieron en la pobreza y les cerraron las oportunidades, los obligaron a romper con su familia y a abandonar su lugar de origen, pero ahora buscan cooptar sus iniciativas para superar la crisis en la cual sus mismas políticas han sumido al país. Gobierno y grandes empresarios despreciaron a los emigrantes y su capacidad productiva y emprendedora, de la cual ahora pretenden aprovecharse para su beneficio. Todavía más. Cuando los emigrantes eran simples ciudadanos, ninguna política gubernamental los tomó en serio; pero cuando se convirtieron en emigrantes, después de abandonar su tierra corriendo graves riesgos personales, son objeto de una política nacional ahora a cargo de una comisionada presidencial, los altos funcionarios gubernamentales y los dirigentes políticos de todos los colores los visitan, los cónsules están para ayudarlos, etc. Desde una perspectiva regional, llama la atención que sólo El Salvador esté interesado en construir y transitar estos puentes, tal vez porque es el grupo de emigran-



tes con más fuerza o porque la crisis interna es más aguda, o por una combinación de ambas razones.

De esta manera, el fenómeno de la migración tiene dos caras: la del gobierno y la gran empresa que pretende obtener ventajas y lucro de aquellos a quienes expulsó del país —sin duda, una perversidad de la realidad nacional—, y la intensa actividad empresarial que los emigrantes han desarrollado y están consolidando por sus propios medios. Estas dos caras coinciden en lo que Rodolfo García Zamora, en su artículo, llama el “transnacionalismo”. La primera corresponde al transnacionalismo desde arriba y la segunda, al desde abajo. El transnacionalismo es definido como una red de emigrantes que opera en tres ámbitos, el económico, en el cual empresarios de toda clase se movilizan y atraviesan con facilidad las fronteras de acá y de allá, apoyados en los medios que la tecnología de la globalización han creado, y en un abanico amplio de contactos, a través de los cuales consiguen insumos, capital y mercados; en el ámbito político, donde establecen contactos con dirigentes y funcionarios nacionales y locales, partidos e instituciones y organizaciones de allá y de acá, a través de los cuales promueven y defienden sus intereses e influyen en las decisiones que los afectan; en el ámbito cultural, desde el cual fortalecen la identidad nacional de las dos comunidades, de acá y de allá, a través de toda clase de actividades de corte cultural —giras de grupos de música nacional, competencias deportivas, elección de reinas para representar a las comunidades, celebración de las fiestas nacionales, regionales y locales, las cuales, a veces, cuentan con la presencia de personalidades políticas, sociales o culturales prominentes para las comunidades de emigrantes.

El transnacionalismo “desde abajo” tiene carácter popular y es una reacción a la voracidad y a la exclusión de las cuales han sido víctimas los emigrantes, por el gran capital y los gobiernos. Para muchos centroamericanos es una oportunidad con la que antes no contaban. Cuando encuentran la oportunidad para entrar en las redes, la aprovechan y pronto experimentan sus beneficios, pues avanzan en la escala social. El éxito inicial estimula la ampliación y el fortalecimiento de la red. A través de ella circulan bienes, servicios e información, demandados por las necesidades de allá y de acá, a un costo accesible para casi todos. Allá hay demanda de información, alimentos y productos culturales de acá; en cambio, acá se experimenta una insaciable demanda para consumir electrodomésticos y productos electrónicos avanzados. No es falta de ironía que las redes operen con las mismas tecnologías que contribuyeron a su exclusión antes de convertirse en emigrantes. Naturalmente, no todos se benefician de la misma manera. La ventaja la posee quien tiene más recursos económicos, educación y experiencia profesional. La proximidad de la región centroamericana a Estados Unidos es una ventaja adicional para construir y consolidar estas redes de comunicación e intercambio; aunque la barrera que la distancia pueda significar es superada cada vez con más agilidad por los medios electrónicos disponibles.

Estas redes, constituidas por las comunidades de allá y de acá, no concuerdan con el patrón tradicional del emigrante que se asimila a la sociedad de destino. Tampoco concuerda que el éxito no dependa tanto del abandono de sus raíces culturales, incluido el idioma, sino de la conservación de sus vínculos originales y de su adaptación instrumental a la sociedad de allá. Por eso, no es raro que los emigrantes participen en estas redes sin conocer bien el inglés, tampoco se preocupan mucho por adaptarse social y culturalmente, aun cuando saben bien que ésta es una alternativa para sus hijos y nietos.

Una política migratoria respaldada por asociaciones y federaciones de emigrantes podría ejercer una presión importante para regularizar la permanencia de éstos allá y garantizar sus derechos allá y acá; tendría fuerza para combatir la exclusión social y política y la marginación económica, [...]

En un segundo momento, cuando estas redes estaban ya conformadas y operando con éxito, surgió el interés "desde arriba". Instituciones regionales, la gran empresa privada salvadoreña y algunos gobiernos centroamericanos vieron la conveniencia de acercarse a ellas, pero no en un plano de superioridad, sino de igualdad. La gran empresa privada salvadoreña es la que ha pedido a los emigrantes, organizados en redes, que le proporcionen acceso a sus contactos e información para aprovecharse ella también de su éxito. Aquélla depende de su poder financiero, pero éstos, de su capital social. Es evidente que, en la actualidad, estos últimos son más exitosos que la primera en cuanto a expandir sus actividades capitalistas. Porque no hay que llevarse a engaño. Las redes de emigrantes operan con la misma lógica capitalista de la gran empresa privada. Aun así, es una realidad que cuestiona la globalización neoliberal, la cual sostiene que la mano de obra se mantiene en el nivel local, mientras que el capital es de naturaleza global.

La entrada de las instituciones, los gobiernos y la gran empresa privada no despierta gran entusiasmo en las redes de los emigrantes. Ellos saben muy bien que estas últimas les ofrecen mejores alternativas, tanto a ellos como a sus contrapartes de acá, que las condiciones que les pueda ofrecer el capitalismo global. Sus actividades y su éxito no dependen de convenios legales complicados, ni de la buena voluntad de los funcionarios, ni de los capitalistas, sino de su propia capacidad como individuos para establecer relaciones allá y acá. No es extraño, entonces, que una cantidad creciente de emigrantes allá y de familiares acá haya dejado de esperar ayuda de gobiernos distantes y de empresas acaparadoras, aunque no la rechaza, si se la dan. Con todo es consciente que depende de sí misma y de sus habilidades y destrezas para enfrentar el desafío de la emigración. Es así como, esta actividad tan peculiar puede evolucionar hasta convertirse en la forma de

adaptación predominante para quienes buscan escapar del destino de ser mano de obra barata, tanto acá como allá.

De los artículos publicados en esta edición y desde los cuales *ECA* reflexiona en este editorial se pueden identificar algunas lecciones importantes para el futuro de las comunidades de emigrantes de allá y de acá. Las asociaciones existentes tienen potencial para apoyar propuestas productivas y de desarrollo local, pero para salir exitosas de este desafío, deben adquirir nuevas habilidades. Los apoyos externos pueden tener un papel crucial, pero sólo si son capaces de comprender la visión, las prácticas y las aspiraciones de las comunidades. La intervención de estos actores aumentaría las oportunidades, en las zonas de elevada migración, que suelen ser las más pobres y abandonadas, tal como ocurre en México. En relación con lo anterior hay que agregar que las comunidades tienen capacidad para promover y respaldar no sólo proyectos de carácter asistencial e infraestructural, sino también productivo y de desarrollo local, pero en pequeña escala. Es así como el fenómeno de la emigración centroamericana no sólo exhibe algunas perversiones condenables, sino que también ofrece algunas alternativas. Pero para aprovecharlas, hay aún bastante camino que recorrer en las comunidades de allá y de acá, en los gobiernos, en la empresa privada y en los organismos de ayuda internacional.

San Salvador, 1 de septiembre de 2004.